

Beuchot, Mauricio, *Kierkegaard y su dialéctica analógica*, Saltillo: Quintanilla Ediciones, 2020, 145 pp.

<http://doi.org/10.54354/YVVGK3778>

Rafael García Pavón

Mauricio Beuchot pretende en esta obra mostrar que la dialéctica que se encuentra en el pensamiento de Kierkegaard, diferenciada de la de Hegel, es analógica e icónica en dos sentidos: primero, si en Hegel la dialéctica es de la identidad, en Kierkegaard lo es de la diferencia; segundo, si en Hegel la tragedia da lugar a su dialéctica, puesto que con ella la trata de superar, en Kierkegaard la tragedia es la vivencia misma de la dialéctica. De tal forma que, diferencia y tragedia serían formas vivas de la analogía y la iconicidad, porque provienen del concepto kierkegaardiano de paradoja, como nos dice Mauricio Beuchot: “Kierkegaard tiene una dialéctica, diferente a la de Hegel, precisamente una dialéctica de la diferencia, vertebrada por su concepto de la paradoja (...) Kierkegaard vive su misma dialéctica de la diferencia como trágica la cual es la de la paradoja la cual es angustiante.”¹

Mauricio Beuchot nos ofrece una lectura nueva de conceptos claves del pensamiento de Kierkegaard como son: la angustia, que considera clave en su filosofía y teología, y la ética, como superador del estadio estético y ético hacia lo religioso, bajo el contexto de su vida y la filosofía de su tiempo, destacando así el papel de la tragedia, lo que le da los elementos para repensar la dialéctica de Kierkegaard y extraer los aspectos de analogicidad e iconicidad, liberándolo del estigma psicologizante y de la abducción de las lecturas hegelianas.

En los dos primeros capítulos, sobre la vida y el contexto filosófico de Kierkegaard, Mauricio Beuchot destaca la formación de Kierkegaard desde los griegos hasta los idealistas alemanes, su gusto por la literatura y los poetas, así como sus relaciones de amor, pero no de este mundo, con su padre y Regine Olsen. En cuanto a su intensa producción como escritor Mauricio Beuchot presenta a Kierkegaard como un buscador de la verdad, pero no de la que es adecuación del intelecto a las cosas, o la de los idealistas de coherencia, sino la existencial, es decir el modo como la vive el sujeto, sin cuestionar ni el intelecto ni la realidad, sino al sujeto que las enlaza². Por lo que la verdad es esa incertidumbre objetiva, que se posee en la interioridad apasionada, y por ello la paradoja consiste en que

¹ Mauricio Beuchot, *Kierkegaard y su dialéctica analógica*, Saltillo: Quintanilla ediciones, 2020, pp. 9-10. (Edición Ibooks Mini-ipad 4, posición Horizontal).

² Beuchot, *Kierkegaard y su dialéctica analógica*, p. 25.

buscamos algo desconocido desde nuestro desconocimiento, lo cual es lo absolutamente diferente. Es en este momento donde Mauricio Beuchot nos señala cómo la oposición de Kierkegaard a Hegel se da porque le acusa de unívoca, y por ende su propuesta, que consiste en poner como tercero al yo en la relación de finitud-infinitud, es una abierta a la existencia del sujeto pensante, que no es equívoca, sino analógica, por lo que Kierkegaard “está descubriendo una dialéctica de la diferencia, que es la de la analogía”³.

Esta dialéctica de la paradoja, que da vida porque motiva la angustia, que es la que nos mantiene en búsqueda y nos sensibiliza hacia el instante con la necesidad de la elección, provocando la repetición como vuelta al origen, haciéndonos individuos auténticos; esta dialéctica abierta sin síntesis, es la de la paradoja, y es “la manera como Kierkegaard usa el concepto de analogía (...) además su temperamento analógico se manifiesta en su voluntad de superación de la estética y la ética, hasta el ámbito de lo religioso, pero a partir de ellos”⁴.

En el tercer capítulo, sobre la angustia, Mauricio Beuchot, muy acertadamente denota que, si bien ésta siempre tiene un aspecto doloroso, Kierkegaard expone su lado positivo: la de ser una forma de la recapitación y de ser un vínculo con lo religioso, porque ella tiene que ver específicamente con la libertad, la cual vale tanto para el religioso como para el ser humano auténtico. Para Beuchot, Kierkegaard realiza una auténtica fenomenología de la angustia, como una antropología radicalmente diferente a la de Hegel, porque no hay mediaciones, pues es una dialéctica del propio proceso de vida⁵ que se relaciona con el tema del pecado; porque, en el fondo, recupera al individuo como existente, pues la paradoja es que si bien el pecado es el estado del mal, sin la realidad o la posibilidad real del mismo no hay individuo, en cambio Hegel había disuelto el pecado, y por ende al individuo, con sus mediaciones. Kierkegaard comprendió el alcance trascendente e infinito de la angustia, y el modo de enfrentarse a ella en el proceso existencial de las decisiones, lo que equivale al proceso de la analogía como prudencia, donde se va moderando y moldeando la propia relación personal con el incógnito de la angustia, como nos dice Mauricio Beuchot: “Para esto último fue implementada la analogía, que nos hace darnos cuenta de que a ese deseo solamente lo alcanzamos de manera no plena, no de manera unívoca; pero tampoco de manera frustrada o frustránea, o de manera equívoca; y sí de

³ *Ibíd.*, p. 38.

⁴ *Ibíd.*, p. 88.

⁵ *Ibíd.*, p. 95.

manera analógica, esto es, empobrecida pero suficiente, mediada y medida por la phrónesis o prudencia”⁶.

Mauricio Beuchot nos muestra cómo la angustia es una forma de vida analógica, es la analogía vivida, como un instrumento analógico⁷ que nos previene de la tendencia del ser hacia la univocidad o del ente a la equivocidad, empujándonos a la creatividad del amor, como nos dice Beuchot: “Lo que quita y aleja la angustia es una vida analógica, que compagine la introspección y el afecto con los demás”⁸. Y de este modo deja abierto al individuo al devenir personal, el cual es la paradoja misma que no se deja ser equívoco ni unívoco, es así una hermenéutica analógica que nos guíe como hermenéutica de lo paradójico⁹, porque como nos dice Beuchot los opuestos se reúnen en lo paradójico sin destruirse ni subordinarse, sino en estado de convivencia dinámica, siendo así una actitud analogista.

En el cuarto capítulo sobre la ética, Mauricio Beuchot nos expone cómo ante el problema ético de mediar la circunstancia particular con la ley o principio universal “Kierkegaard supo encontrar la mediación analógica: privilegió la importancia de lo particular (la persona y su situación), pero sin perder de vista lo universal (la ley moral). De este modo evitó juiciosamente el univocismo legalista de las éticas rigoristas, extrínsecas y farisaicas, así como el equivocismo casuista de las éticas permisivas y blandas”¹⁰. Para lo cual, nos expone Beuchot, hay un paso previo, que es la formación de la personalidad y que consiste en la elección, de o lo uno o lo otro, entre la condición de la libertad y el ser libre efectivamente, es decir el asumir la realidad de este ser sí mismo, que es al mismo tiempo algo específico y algo abierto, eligiendo el vínculo posible, lo uno o lo otro lo es entre la indiferencia al vínculo posible o al compromiso del mismo. Elección que de manera precisa Beuchot concibe como un elegir para recibirse, y una relación interpersonal y dialógica, por lo que la identifica con una postura analógica o analogista¹¹.

Esto le permite a Mauricio Beuchot, respondiendo en parte a las asociaciones de las éticas existencialistas y posmodernas, que son de situación, y que en parte se saben deudoras de Kierkegaard, a que en éste hay una postura que no es relativista extrema, porque la acción ética es

⁶ Beuchot, *Kierkegaard y su dialéctica analógica*, p. 107

⁷ *Ibíd.*, p. 122

⁸ *Ibíd.*, p. 123.

⁹ *Ibíd.*, p. 16.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 135.

¹¹ *Ibíd.*, pp. 150, 174.

donde se tocan lo universal y lo particular, como un “momento icónico o representante de todos los hombres de la historia. Es decir, se trata de un instante histórico que saca al hombre de la historia, lo hace meta-histórico o, por lo menos, dia-histórico. Y en esto consiste el analogismo de Kierkegaard”¹².

En el quinto y sexto capítulo, sobre la dialéctica y la tragedia, Mauricio Beuchot expone cómo la dialéctica de Kierkegaard es anti-hegeliana en la medida en que es analogía, porque no es cerrada ni conclusiva, sino que permaneciendo abierta permite a los opuestos convivir, por lo que “tal es la dialéctica que acompaña a la analogía y, por ende, a la hermenéutica analógica. Esta última podría aprender mucho de este autor”¹³. El carácter de la misma es la paradoja, que es una contradicción no resuelta, pero que preserva la relación en una tensión, donde cada uno aprende a vivir con el otro. Esto nos enseña a encontrar en las cosas que la analogía establece una coexistencia donde no se pierden del todo las fricciones. Y esto es así porque en Hegel las contradicciones terminan en la conciencia de la idea absoluta y en Kierkegaard sólo en la relación personal con Dios, “en lugar de la continuidad de la identidad, la diferencia: es contradictoria, conflictiva, paradójica”¹⁴.

La dialéctica de Kierkegaard es de naturaleza analógica o paradójica, en la medida en que no es de negatividad absoluta, sino que más bien es de tensión, donde la negatividad o el conflicto o la anti-tesis se remarca en relación a la positividad. Ahora bien, ante la tensión incesante de la paradoja, son la ironía y el humor, para Beuchot, las formas de la analogía en la misma dialéctica de Kierkegaard, por lo que no destruye los opuestos, sino que se dispone a la construcción, es decir a la edificación, y por lo tanto es protectora de las diferencias “una verdadera dialéctica de la diferencia, porque los opuestos viven uno en el otro”¹⁵. Esta misma paradoja produce la pasión que constituye la vivencia de lo trágico en el sentido que no hay escapatoria a la elección entre alternativas y el individuo es irrepetible en ellas, que nunca terminan de resolverse porque apuntan a una edificación, lo cual para Beuchot es continuar con la línea de Pascal¹⁶.

Finalmente, en el séptimo capítulo analogicidad e iconicidad en Kierkegaard, Mauricio Beuchot nos indica cómo todo converge a la

¹² Beuchot, *Kierkegaard y su dialéctica analógica*, p. 190.

¹³ *Ibíd.*, p. 196.

¹⁴ *Ibíd.*, p. 205.

¹⁵ *Ibíd.*, p. 229.

¹⁶ *Ibíd.*, p. 266.

idea del individuo, porque en Kierkegaard es analógico e icónico; así la angustia, la ética y la dialéctica son formas de la hermenéutica analógica porque se corresponden al devenir del mismo individuo, como nos dice Mauricio Beuchot: “En otras palabras, para Kierkegaard cada individuo es un ícono o análogo de toda la humanidad. El ícono siempre es análogo; por supuesto que nunca es unívoco, pero tampoco equívoco. Cada ser humano es el análogo de toda la humanidad, así como fue visto con carácter de microcosmos, compendio y análogo de todo el mundo universo. Ícono del cosmos, ícono de toda la humanidad, el ser humano individual, la persona, carga con toda esa fuerza ontológica, que es también carga axiológica, la cual habla de su alta dignidad”¹⁷. Que, aunque podría corresponderse en Kierkegaard el singular con el universal concreto de Hegel, Kierkegaard se centra en la posibilidad, y en ese sentido lo trasciende, porque no hay síntesis, sino generación infinita de posibilidades. En otras palabras, la iconicidad reside en la categoría de posibilidad y por lo tanto de la libertad, así en cada acto de libertad está toda libertad, es decir la iconicidad, sin ser identidad, lo cual se relaciona con la categoría de instante como ícono del tiempo.

Por lo que Mauricio Beuchot argumenta con agudeza que en Kierkegaard no se busca lo universal concreto sino lo universal singular, lo cual es mucho más radical¹⁸ y esto es sumamente analógico, “el individuo tomado como genérico, o el singular que funciona como algo universal: el hombre individual que encarna en sí mismo a todo el género humano”¹⁹, transformando el ser en sentido. De este modo Mauricio Beuchot concluye que Kierkegaard nos habla de la analogía a través de la iconicidad²⁰ aunque no empleara la analogía en su sentido tradicional como analogía *entis*.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 288.

¹⁸ *Ibíd.*, p. 309

¹⁹ *Ibidem.*

²⁰ *Ibíd.*, p. 322